



XXI

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

AL romperse la alborada del día 24, el cañón apuntando á la iglesia, hizo su saludo de ordenanza en el momento en que formaban extraña sinfonía las cornetas de las diferentes fracciones, tocando la *diana*.

Poco después volviéronse á desprender partidas de todos los cuerpos, excepto del 9.º, bajando á las cercanías del pueblo, ocupando las casas, saqueándolas antes de prenderlas fuego, volviendo con el botín, orgullosas.

Miguel, que ese día daba en lo más alto del cerro la guardia de la pieza, contempló tras del parapeto el espectáculo del incendio. Aquello era horrible.

El enemigo debía contemplar también la obra de destrucción; pero permanecía tranquilo y estaba esperando que fuesen á acometerle en sus puestos.

Solamente del cerro de la Cueva, en cuya cima flotaba una bandera roja, partían algunas balas, que por lo alto de su cabeza Miguel oía silbar fatídicamente.

¡Le parecía increíble que aquel puñado de hombres sin ningún conocimiento de la táctica, hiciesen emprender á las fuerzas federales, mucho mayores en número, una campaña en toda forma, habiéndolas derrotado las más veces!

En la noche supo Miguel que el general había decidido que se tomara el cerro de la Cueva, y se había nombrado al ayudante del 24.º, Fuentevilla, para acometer la empresa; pero al fin no fué á él, sino al capitán Francisco Manzano, del 11.º á quien se encargó de tan arriesgada operación, quien con 70 hombres de dicho cuerpo se desprendió sigilosamente del campamento para ir á sorprender el punto designado.

Pero sea que no comprendiese la orden ó que no pudiese obedecerla, no marchó por el camino prescrito, sino intentó dar un gran rodeo para llegar por la espalda del enemigo, por lo que, colérico el general, le mandó volver, tocándole con su corneta de órdenes *atención, media vuelta y diana*, toque que rompió lúgubremente el silencio de la noche, despertando á la tropa.

Los oficiales del *rondín*, previnieron á las parejas que bordeaban el campamento que no hicieran fuego á la fuerza del 11.º que volvía sin haber logrado sorprender al enemigo.

El capitán Molina nombrado de *vigilancia*, observó

la llegada de ésta, y cuando se instaló en el campamento se dirigió á un subteniente, diciéndole:

—Pero, hombre, compañero, qué les pasó que les hicieron volver?

—No, mi capitán, el general pide imposibles, ni con mil hombres se toma ese cerro; figúrese usted... si nos han sentido nos despedazan... ¡imposible!

—¿Dónde está el general, compañero?—preguntó el capitán.

—Le acabamos de dejar allá arriba con el doctor, todavía no se acuesta y ya son más de las doce.

Era, en efecto, ya muy entrada la noche, pero el general dormía poco, y además se hallaba excitadísimo y mal humorado.

Estaba conversando en su tienda con el teniente Márquez, de su Estado Mayor, y el doctor que disertaba sobre lo conveniente de un ataque decisivo sobre el pueblo.

El capitán entró en la tienda y pocos momentos después, salió precipitadamente.

—No hay novedad, mi capitán, le dijo con acento respetuoso un oficial que *rondaba* por el campamento en plenas tinieblas.

—Gracias, compañero, téngame mucho cuidado con esas parejas,—le contestó perdiéndose entre los soldados que dormían, tropezando con las peñas y saltando por entre las mesas y pabellones y todo lo que encontraba al paso.

El día 25, inmediatamente después de la *diana*, for-

mó con sus armas la compañía del 9.º compuesta solamente de 78 hombres, pues 30 formaban la escolta del parque.

El capitán pasó una revista minuciosa de armas y municiones, completando las que faltaban y asegurándose si estaban listas aquellas. Después de *dividir* en tres pelotones, mandó *por el flanco derecho doblando, hileras á la derecha*, y bajó sin decir una palabra más, por la pendiente pedregosa y dura del cerro.

Era una mañana espléndida; el sol aún no aparecía en el horizonte brumoso; pero ya las crestas de los cerros mas altos, se coronaban de fuego, en tanto que una brisa fresca y ligera barría lentamente los girones de la neblina que flotaba sobre el río...

Los soldados, sin capote, desgarrados y sucios, bajaban en silencio, tiritando de frío, con las armas *suspendidas* del hombro.

Al descender saltando por las peñas, Miguel, gozoso de estirar las piernas después de cuatro días de inacción, confiado, ignoraba donde iba; sólo se imaginaba que debía ser á mejor parte adonde les conducían.

Cuando llegaron al llano y avanzaron algún trecho, después de hacer alto, el capitán mandó:

—*¡Compañía, columna de compañía!—¡Marchen!*

Cuando estuvieron las tres secciones una tras de otra, mandó con voz firme:

—*¡Al orden de combate!—¡Marchen!*

La primera sección avanzó á su frente, dispersándose los hombres en tiradores, las otras permanecieron

á retaguardia, siguiendo el movimiento de la primera; después mandó echar *pecho á tierra*.

Poco después frente á ellos sonó una detonación, y una bala pasó silbando á tres metros de altura.

Todos comprendieron entonces de lo que se trataba.

El capitán en pie, con la cabeza alta, apoyada la mano izquierda sobre el cañón de su carabina, señaló con el dedo índice de la derecha, la silueta gigantesca del cerro de la Cueva, y dijo:

—Vamos á tomar ese cerro, todos nos van á ver y verán cómo combate el noveno... subiremos como podamos ¡nadie de media vuelta porque al que lo haga le mato! Ya lo oyen, señores, autorizo á cualquiera á matar al que dé media vuelta,—aunque sea yo!—*¡Armen, armas!*

Se oyó el ruido seco del acero de las bayonetas al ajustarse á los cañones de los fusiles, y hubo después un profundo silencio.

Volieron á silbar las balas, el capitán *se caló* la *carrillera* del kópis y gritó:

—*¡Primera sección, de frente, al paso veloz!—¡Marchen!*—y los hombres se precipitaron á todo correr, con las armas *embraxadas*, fija la vista en la cima del cerro que se coronó al momento con el humo de una terrible descarga. Las otras secciones en el mismo orden, siguieron á la primera, y fué un admirable espectáculo, al verles á la carga, alineados como en una parada, recibiendo una horrible granizada de balas, á dos fuegos, pues bien pronto estuvieron á la vista de la torre que

quedaba al frente, sobre la derecha y que entonces no economizó sus municiones... los asaltantes sin cejar en la carrera, en pleno llano, avanzaban por un terreno *barbechado* que les fatigaba atrozmente.

Un soldado del ala izquierda cayó de espaldas con el pecho atravesado, mientras otro, herido en una pierna, seguía no obstante á grandes saltos, aullando.

Miguel ya no veía nada delante de sí, extraña nube blanca le cegaba y en los oídos sentía horribles truenos de los que claramente distinguía aquel silbar de las balas que en mortíferas ráfagas pasaban á su lado. Las piernas le flaqueaban y sentía en el pecho espantosa opresión... sintió asfixiarse y morir... ¡un momento de descanso! pero no... oyó la voz del capitán que gritaba:—¡Adelante, adelante!—¡el que se atrasa se muere! y continuó sin darse cuenta, como llevado por sobrenatural poder; oyó un grito de agonía á su lado y un soldado en el suelo le obstruyó el paso; saltó sobre él sin verle y continuó la vertiginosa carrera. Bien pronto la torre desapareció tras las primeras lomas de que arranca el cerro, y al fin entrando bajo el *ángulo muerto* de la línea de tiro gritaron:

—¡Pecho á tierra!...

¡Oh! ¡ya era hora!... ¡qué oasis!... ¡qué fruición aquel descanso!... algo así como un jarro de agua fría para un febril sediento.

Miguel arrojó á un lado su carabina y respiró con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el capitán pasados

algunos momentos, mandó levantarse y subir por la pendiente del cerro, mandando cargar las armas.

El combate entonces tomó una nueva faz, pues á través de los arbustos y las rocas que erizaban la pendiente que subía al monte, nutrida granizada batió á los primeros que avanzaron, paralizándolos la línea de tiradores.

Evidentemente que había que subir con mucha precaución, pues el enemigo que había descendido de la cima para batirles en la falda, tenía inmensas ventajas sobre ellos; así es que el avance, á partir de aquel instante, fué más lento, teniendo los tiradores que ir ocupando árbol tras árbol y roca tras roca, necesitando para eso que los oficiales y el valiente capitán desarrollasen toda su energía para con la tropa, cuyo primer impulso estaba muy debilitado. Los soldados vacilaban, atemorizados ante el enemigo invisible que les diezmaba.

—¡Entren... entren! ¡Suban! ¡arriba... á ellos!—gritaban los oficiales enronquecidos, en tanto que el capitán Molina, apelaba á todos los medios imaginables para infundir ánimo y proseguir el ataque.

—¡Viva el noveno batallón!... ¡Nos está mirando el oncel! ¡Arriba muchachos!

Mandó tocar *ataque*, mientras entre el ruido sordo de las detonaciones, vibraban claras y sonoras las notas de la corneta, él, ébrio de entusiasmo, al ver que se animaba la gente, proseguía gritando:

—¡Otro empuje y llegamos hasta ellos, á la bayoneta! ¡Adelante muchachos!—y se lanzó adelantándose magníficamente, con la carabina en alto, arrastrando tras él á todos los que le veían, electrizados con aquel arranque de supremo heroísmo.

Al fin, principiaron á ver en lo alto los perfiles de los terribles *tomoques* haciendo fuego tras los árboles, batiéndose en retirada hacia la cima del monte.

Volvieron asimismo, á oír entonces sus gritos de guerra, extraños y feroces.

—¡Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva María Santísima!

—¡Muera Lucifer!—aullaban entre los árboles, distinguiéndose apenas sus terribles figuras, entre el humo espeso y excitante de la pólvora que envolvía en sus nubes las altas copas de los pinos y las ásperas peñas del cerro.

—¡Entren!...—¡Entren!.. ¡arriba!—repetían los oficiales, tras de los árboles, con la garganta seca y los ojos saliéndose de las órbitas.

De cuando en cuando, un hombre caía rodando, ensangrentando las piedras, el kópis por un lado y el fusil por otro, sin que los compañeros cuidaran de él, sin que lo notasen siquiera, atentos por instinto á la conservación del yo en aquel arriesgado combate.

El orden de alineamiento de los soldados se había, naturalmente, perdido; las secciones de retaguardia se habían fundido con la primera y se caminaba hacia

arriba en una sola línea ondulante, según los accidentes del terreno.

El capitán iba del centro á los flancos, empujando, gesticulando y dando valor á la gente.

Miguel que marchaba en el ala izquierda, había recobrado el aliento, y hacía fuego con su carabina, tratando de cazar á lo lejos un hombre, cuyo gran zarape rojo le presentaba un buen blanco.

Le llamaba, sobre todo, la atención, una vocecilla particular, como de un niño, que gritaba á su frente:

—¡Viva María Santísima! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

Continuaron trepando cada vez más alentados, pues aminoraba el fuego del enemigo, cuyos primeros cadáveres fueron encontrando.

Aquellos valientes morían acribillados á balazos, apenas eran descubiertos tras el terreno escabroso y abrupto.

El fuego llegó á cesar casi por completo, y solo allá, en el ala izquierda, oía Miguel algunos disparos á su frente, y más cercana la vocecilla aquella que gritaba ya más débil.

—¡El Gran Poder de Dios nos valga! ¡Viva María Santísima!

Un soldado, entonces exclamó, señalando un grupo de peñascos:

—¡Allí... allí está... apúntenle todos!—y apuntó; pero antes de hacer fuego, cayó el fusil de sus manos hechas pedazos por una bala que le desgarró también

el saco. Lanzó un aullido tremendo; algunos, cerca de él, dispararon, pero otro hombre cayó muerto, y se elevó tras el grupo de rocas la voz tipluda del indomable adversario, cuya carabina asomaba su cañón entre las grietas de las rocas.

—¡Viva el Poder de Dios! ¡Mueran los *pelones!*

—¡Fuego sobre él! ¡A la bayoneta! ¡Suban por allí!

Miguel llegó jadeante, con su arma preparada, á donde cuatro ó cinco soldados habíanse detenido observando un cadáver.

Boca arriba, con el cráneo y pecho ensangrentados, los ojos abiertos, los puños crispados y una carabina y un zarape rojo al lado, yacía un cuerpo enclenque, el cuerpo de un niño de trece años.

Su faz lívida la contraía la postrer mueca; parecía reír, y enseñaba sus dos filas de blanquísimos dientes, por los que asomaba rojiza espuma.

El combate había terminado, se hallaban ya en la cima del cerro; la torre del pueblo quedaba á la derecha y desde allí partían algunas balas; los soldados se habían echado en el suelo anonadados por la fatiga; otros registraban los cadáveres, quitándoles las armas.

Escuchóse, algo debilitado, del campamento de la Medrano, el toque del corneta de órdenes del General: *alto el fuego.*

El Capitán Molina mandó á su vez tocar *diana* á un soldado que recogió la corneta del que llevaba, quien había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las notas vibrantes de la diana resonando entre las últimas detonaciones, hicieron lanzar gritos de entusiasmo á los soldados extenuados y jadeantes que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

Sobre lo alto de un gran pino ondeaba una bandera roja: la que se veía desde el campamento; era preciso quitarla. Algunos soldados, agazapándose, corrieron hacia aquel punto; pero se hoyó una detonación al nivel del suelo y el cañón de una carabina asomó de la tierra.

—¡Otro! ¡A él! ¡Mátenle!—gritó un cabo.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre el enemigo oyendose un grito de dolor; algunos se precipitaron *calando* la bayoneta, pero como partían gritos desgarradores de aquel lugar, el capitán Molina se adelantó gritando:

—¡Eh! ¡Cuidado.... está herido.... déjenle ya!

Y en aquel momento surgió de la tierra una enorme cabeza melenuda, asomó una carabina, sonó un tiro, y alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán.... muerto.

Entonces los que aquello vieron, se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer, y de repente, todos á una se arrojaron sobre el hoyo, y allí, como quien cava la tierra, á bayonetazos, despedazaron un cadáver..



XXII

MIGUEL había presenciado aquello en el momento en que trataba de incorporarse al capitán para comunicarle que un soldado del 11.º batallón, llegaba con una orden del general Rangel.

Estupefacto vió caer al héroe levantando los brazos, sin proferir un solo grito. Mercado no pudo moverse, y contempló inmóvil y estúpido la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán...

Pronto todos supieron la noticia que heló de pavor los ánimos.

—¡El capitán Molina ha muerto! ¡Ya mataron al capitán!—se decían los soldados.

Al fin el joven oficial se acercó al cadáver, y ante él, permaneció un momento.

Su pequeño cuerpo, envuelto en un capote azul,

ceñida á la cintura una canana, yacía á lo largo, el rostro moreno contraído por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños, desmesuradamente abiertos, lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz; del cuello le salía un chorro de sangre, que formaba un gran charco.... la carabina estaba á un lado...

Aun no se desvanecía el humo de la pólvora y aun se oían algunas detonaciones á lo lejos.

Castorena había llegado al grupo formado alrededor del cadáver; tomó el zarape de un sargento y el del infeliz Molina.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes que sobrevivía, ordenó que se reuniera la fuerza restante.

Su corneta de órdenes tocó *reunión* y los oficiales y sargentos principiaron á reunir la gente.

Había un gran desorden; los soldados en completa dispersión en el cerro, entre los pinos, descansaban en diversas actitudes; algunos cadáveres en horribles posturas yacían al lado de los heridos que se lamentaban tristemente.

—¡A formarse, á formarse!—gritaban los sargentos levantando á la tropa casi á culatazos.

Los desgraciados se levantaban penosamente y con lentitud, unos. Otros, cojeando y apoyándose en sus fusiles, se acercaban al punto de reunión.

Solo Mercado y Castorena quedaron; pero al fin dejaron el cadáver al cuidado de un soldado, y uno al

lado de otro, empezaron á subir hacia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo. De repente Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel, gritándole:

—¡Mírale, mírale—y señaló á unos dos pasos, un montón rojo de miembros, harapos y cabellos, entre sangre y entrañas despedazadas.

Erizáronsele los cabellos á Miguel, y antea quel cuadro que un olor nauseabundo que se hacía insoportable, mezclado con el de la pólvora, experimentó náuseas. Iba á volver el rostro; pero su amigo con el puño crispado, le volvió á sacudir, diciéndole:

—¡Pero, mírale, hombre, mírale, él le mató!.... le mató cuando lo iban á salvar.... ¡canalla!.... ¡míralo!

Al fijarse de nuevo, Miguel soltó la carabina, abrió la boca, y completamente idiota, con el pensamiento súbitamente cristalizado y el cerebro inactivo, quedó un momento.

¡Había reconocido que aquellos miembros sangrientos, aquellos girones de hombre y de tela, eran los de Bernardo!

—Mi subteniente, que le habla á usted el capitán—le dijo un soldado.

Miguel volvió á la realidad; su cerebro volvió á funcionar, y sin embargo, anduvo maquinalmente con rumbo al punto de reunión, pensando y repitiendo como único pensamiento: ¡Bernardo! ¡el ogro de la casa del río!.... ¡allí muerto, hecho pedazos!...

Ante la tropa formada en dos filas, en la cima del

cerro, estaban los oficiales y un sargento pasando lista.

Otro sargento á un costado, contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo... sobre una roca, extendido como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, ¡aquella bandera roja que había costado la vida del capitán!....

Desde allí se distinguía muy bien el pueblo, á su derecha.... contempló Miguel absorto y conmovido el vasto anfiteatro de montañas; el valle extenso y cubierto de sembrados y milpas, atravesado por la cinta brillante y blanca del río; en el centro el caserío de Tomochic, casi al pie del cerro de la Cueva, la iglesia con su única torre y su arruinado convento de jesuitas... mientras á su frente como una fortaleza de titanes, el cerro de la de Medrano erguía su mole enorme, cargando en su espalda colosal, el campamento de las tropas federales.

De la torre del templo partían de cuando en cuando algunas balas que silbaban sobre las cabezas de los tiradores de Miguel.

El cerro por aquella parte estaba cortado casi á pico, por la que se veía un espantoso abismo, nadie se atrevía á asomarse, y todos tras de la cresta de las rocas solo contemplaban vagamente las lejanías del horizonte, limitado por los cerros del Noroeste.

El oficial se abandonó, recostado contra una peña, á sus pensamientos siempre melancólicos...

¡Conque aquel miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado á su cubil á la pobrecita Julia, era el asesino del capitán Molina!...

¡Ah!.... ¿y ella?... la virgencita de ojos negros y melancólicos, la que le había mirado en un instante de ternura y éxtasis con suprema pasión, la que le había abierto toda la noche de una historia dolorosa de eterno sufrimiento, en el breve relámpago de su mirada, ella ¿dónde estaría á esas horas?....

¿Estaría allá abajo esperando tranquila y resignada, como siempre, el desenlace del drama de su existencia obscura y dolorosa?....

Ah! tristezas ignoradas, de la vida; martirios estériles soportados en la sombra; dolores desconocidos, de almas nobles; calvarios sin gloria; infortunios inéditos, gladiadores anónimos!.... Oh! Dios, si tu no conoces y premias esto, si la plegaria muda de tanto sufrimiento no te conmueve... ¿quiénes serán entonces los bienaventurados?....

Pugnaba por aparecer una lágrima en los ojos secos y febriles del joven... Entonces sucedió algo grave.

Un cabo y un soldado, sentados junto á un pino, cerca del parapeto natural, tras el que estaban colocados, habían encendido leña para asar unos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó espesa columna de humo. En el momento en que el cabo en pié, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba á incorporar para traer la carne, una bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el

cráneo del segundo. Entonces resonó un doble grito y los dos rodaron, cadáveres, sobre los guijarros de la pendiente.

A la una, la compañía que había tomado la posición, la abandonó, llevando á retaguardia una fagina que condujo sobre improvisadas camillas todos los heridos. No siguieron el mismo camino que habían tomado en el ataque, sino que para evitar los fuegos de la torre, dieron un gran rodeo, siguiendo por las faldas de los cerros que forman la gran circunferencia del valle de Tomochic.

Llegaron fatigadísimos al campamento á las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningun alimento.

Recibieron los oficiales mil felicitaciones de sus compañeros por el triunfo obtenido á gran costa.

Miguel supo que el general en la cima del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaba en pleno llano al paso veloz, batidas por dos fuegos convergentes, con su heroico capitán á la cabeza, supo, que entusiasmado había arrojado su gorra diciendo á los que le acompañaban.

—¡Bravo!.... ¡bien por el noveno! ¡Se vindica! ¡borra lo del día veinte!

En efecto, cuando llegó la camilla que conducía el cadáver del héroe de la jornada, ordenó que se levantara el zarape que le cubría, y cuando vió el cuerpo ya rígido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos

obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello que le había atravesado la bala, rompiéndole la columna vertebral; ah! entonces Rangel se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que lo cubriesen

—¡Tápenle, tápenle!.... ¡Llévenle y nómbresele una guardia de honor!—exclamó.

Un sargento 2.º solicitó espontáneamente ser nombrado en ella, y al pie de su cuerpo un centinela de su compañía le veló respetuosamente.

